

# Presentación

Hace siete años comenzábamos esta aventura de DIALOGO FILOSOFICO. Gracias a vosotros, los suscriptores, y a la generosidad de otros amigos y colaboradores, con mucho trabajo oculto, sin ayudas oficiales, que siempre hasta ahora se nos han negado por razones casi nunca claras, nuestra pequeña empresa sigue hacia adelante.

Lo que nos mantiene en la brecha, como al principio, es una voluntad de verdad, de sentido y de fundamentación. Desde una actitud dialogante, deseamos abrirnos sinceramente a distintas perspectivas filosóficas. No queremos renunciar a ninguna de las luces que ofrece el acontecer filosófico actual y el pasado de la filosofía.

En este número vuelve a colocarse en primer plano el tema del hombre. La preocupación por el hombre concreto, por su realidad enigmática, con sus múltiples dimensiones naturales y culturales, con su proyección hacia un horizonte de libertad autoconstructiva, está una vez más presente a lo largo de estas páginas.

Naturaleza y cultura, en sus mutuas relaciones, son dos conceptos básicos que incitan las reflexiones filosóficas de Alfred Schöpf, José Antonio Binaburo, Alfredo Marcos y Leopoldo Zea. El primero trata de comprender el «hecho psicosomático» humano en compañía principalmente de Husserl, Merleau-Ponty, Freud y Lacan. Alfredo Marcos ofrece un panorama de la discusión sobre las explicaciones teleológicas en la investigación de los seres vivos. Los artículos de José Antonio Binaburo y Leopoldo Zea desarrollan aspectos relacionados con la dimensión cultural del hombre.

El problema de la educación centra la atención de Fernando Bárcena e Ignacio Delgado. Este último pondera el valor de la concepción personalista del hombre para fundamentar una buena legislación sobre educación y una recta praxis docente.

En el número anterior dedicábamos un extenso artículo a destacar la actualidad del pensamiento español de los siglos XVI y XVII, suscitado por el descubrimiento y conquista de América. La voz de Leopoldo Zea, un filósofo mexicano, discípulo de Gaos, nos traslada al corazón cultural de la América hispana o latina actual. Sus palabras no son de rencor, sino de crítica equilibrada de nuestro pasado compartido y de esperanza.

Ildefonso Murillo